

LA SOMBRA DEL CAUDILLO, UNA TRAGEDIA MEXICANA

Alejandra Herrera

Martín Luis Guzmán, *La sombra del Caudillo, Obras completas*, tomo I, México, FCE, 1984, pp. 499-650 (Letras Mexicanas).

EL arte, ya se sabe, es una actividad libre. La historia del arte muestra que todo intento normativo de éste se ha pagado con esterilidad. Prueba de ello es el Neoclasicismo del siglo XVIII español y, más recientemente, la imposición del Realismo Socialista en la URSS y otros países, donde la libertad de formas y contenidos se redujo a la representación de un arte falso en el que obreros idealizados y líderes comunistas eran el centro de cuadros pictóricos, personajes literarios y demás manifestaciones artísticas.

Ya desde el siglo XIX el arte por el arte surgía como una reacción despreciativa del mundo burgués: el arte pretendía desvincularse de todo lo extraestético para convertirse en una expresión pura. Así, los contenidos sociales comienzan a soslayarse y a principios del siglo XX las Vanguardias pretenden, incluso, alejarlo de todo contenido humano. Estos dos acontecimientos: la imposición del Realismo Socialista y la proliferación de las Vanguardias ponen en voga la polémica entre el arte por el arte y el arte comprometido.

Los funcionarios políticos y los artistas discuten el sentido del arte del siglo XX, su futuro y su función. Los artistas se agrupan, hacen manifiestos, se pronuncian en pro o en contra de estas posturas.

Así las cosas, el artista debía definirse, optar por uno u otro camino. Pero si pensamos en el caso de Martín Luis Guzmán encontramos una síntesis muy bien lograda de ambas posiciones. El problema que aborda en *La sombra del Caudillo* es evidentemente social y está directamente vinculado a un suceso histórico real, el asesinato del general Serrano, que ocurrió escasos años antes a la publicación de esta novela. Por otro lado, la forma que Guzmán elige para *La sombra...* es el Realismo. Pero no se trata aquí del Realismo del siglo XIX, aquel que como si fuera un molde tenía que ser llenado con los contenidos socialistas por los artistas posteriores a la Revolución de Octubre.

El Realismo de Guzmán correspon-

de al siglo XX, es un Realismo aderezado por la búsqueda formal de las Vanguardias y la incorporación de nuevos lenguajes, por ejemplo, el cinematográfico. Es un Realismo que permite e incluso obliga a su lector a participar en la elaboración de la novela. La descripción de lugares, acciones y personajes está muy alejada de la enumeración detallada de elementos. Son nombrados aquellos rasgos que por su significación permiten la creación de una atmósfera no identificada por objetos, sino por impresiones, por sensaciones. Y si esto pareciera poco, Guzmán hace en esta novela un *collage* de formas literarias en el que se identifican: la fábula, la alegoría y la tragedia entre otras. Todo esto para reflejar un fragmento de la realidad que le ha tocado vivir.

El tema de *La sombra del Caudillo* es lo político, las relaciones de poder que se establecen en las altas esferas de la clase dirigente. El problema planteado aquí es la sucesión del Caudillo. ¿Cómo podrá mantenerse en el poder una vez terminado su periodo presidencial, so pretexto de mantener los logros revolucionarios? Dar respuesta a esta pregunta obliga a Guzmán a denunciar o, si se teme a esta palabra, a poner en evidencia todos los juegos políticos de los que no están exentos la manipulación, la

demagogia, la intriga, la traición y el crimen. Así, pues, de *La sombra...* puede hablarse mucho, pero a mí me interesa destacar los rasgos que la hacen una tragedia. Vayamos por partes.

Aguirre, ministro de la Guerra en el periodo presidencial del Caudillo, es propuesto candidato a la presidencia por los radicales progresistas. Su lealtad al Caudillo le hace declinar tal distinción. No obstante su lealtad, cae de la gracia del Caudillo. Absurdamente no hay posibilidad de diálogo ni aclaración, y es aquí donde la novela cobra visos de tragedia: Aguirre es el héroe que cae en desgracia. Su destino está trazado. Axkaná lo percibe como si fuera un vidente:

Axkaná escuchaba haciendo un transporte de la elocuencia de Aguirre: éste creía expresar la tragedia de que su jefe lo juzgara falso, pero lo que Axkaná entendía no era eso. Sentía en su amigo la tragedia del político cogido por el ambiente de inmoralidad y mentira que él mismo ha creado; la tragedia del político, sincero una vez, que, asegurando de buena fe renunciar a las aspiraciones que otros le atribuyen, aún no abre los ojos a las circunstancias que han de obligarlo a defender, pronto y a muerte, eso mismo que rechaza [p. 532].*

Como el héroe trágico, ignorante de su destino, Aguirre va en su busca. Quizá basándose en la lógica de que entre gitanos no se dicen la suerte, Aguirre visita a Hilario Jiménez, ministro de Gobernación y candidato del Caudillo, soslayando la irracionalidad del juego político. Su ingenuidad se hace patente:

Vibraba en la voz de Aguirre sinceridad de sobra para desarmar las dudas de cualquiera. Pero Hilario Jiménez, candidato presidencial, era todo menos cualquiera. Bajo el dominio de la desconfianza, su alma, al contrario de lo que debía esperarse, iba poniéndose más y más turbia conforme Aguirre aparecía más y más transparente [p. 537].

El *close-up* que hace Martín Luis Guzmán de la política mexicana se centra, sobre todo, en la conveniencia de los políticos que excluye la conveniencia de la nación; en el rumor que



genera la desconfianza y la traición; en las situaciones absurdas que refuerzan el carácter trágico de esta novela:

En la Cámara de Diputados el destino de Ignacio Aguirre siguió tejiéndose inquebrantablemente. Todos sabían allí que el ministro de la Guerra rechazaba su candidatura; pero para todos, amigos y enemigos, aquello no era sino una simulación, un ardid de que se valía el presunto candidato de los radicales progresistas para conseguir desde el principio ventajas mayores [p. 541].

Nuevamente Aguirre está preso en su destino. Ya lo sabe, pero aún no se determina a actuar. Será necesario que su entrañable amigo, Axkaná, sea víctima de un secuestro para que actúe —igual que Aquiles ante la muerte de su amigo Patroclo—. Así, Aguirre renuncia a su cargo de ministro de la Guerra, acepta la candidatura a la presidencia y al fin se opone abiertamente al Caudillo. Olivier, a manera de vidente, le señala el camino:

¿Qué pasa cuando dos buenos tiradores andan acercándose pistola en mano? El que primero dispara, primero mata. Pues bien, la política de México, política de pistola, sólo conjuga un verbo: madrugara [p. 620].

Pero Aguirre no escucha, se acerca más. Quiere ser legal, porque dentro de la inmoralidad política, según él, hay reglas. Ingenuamente espera que lo ataquen para ser atacante. A sus espaldas Hilario Jiménez, preocupado por la fuerza que inexplicablemente cobra Aguirre, pues él no hace nada por conseguirla, prepara un complot contra su oponente y partidarios. El sal-

do: Cañizo, seguidor de Aguirre, muerto en la Cámara de Diputados; no hubo grandes logros para las expectativas de Jiménez.

Aguirre asume su destino, haciendo una declaración de "principios" y des-tapando el juego sucio electoral:

Yo, según lo saben ustedes perfectamente no quería ser candidato. Una serie de *sucesos apenas creíbles* vino a matarme en una contienda que no era mía. Hoy la *suerte está echada*; no lo lamento; acepto gustoso ir, hasta lo último [...] [Pero] a mí me parece que, sean cuales fueren la mentira y el lodo que nos ahogan, hay papeles que exigen dignidad, momentos del decoro que no deben olvidarse. Nos consta a nosotros que en México el sufragio no existe: existe la disputa violenta de los grupos que ambicionan el poder, apoyados a veces por la simpatía pública. Esa es la Constitución Mexicana; lo demás, pura farsa [...] A estas alturas no es el triunfo lo más importante; lo es el fallo del plebiscito íntimo que la nación está haciendo siempre. Y si el fallo nos favorece, igual da entonces conquistar la Presidencia que morir asesinados [el subrayado es mío] [p. 622].

Así las cosas, Aguirre es avisado de que se le acusa de una supuesta rebelión, huye con sus doce amigos a Toluca, no obstante que Catarino Ibáñez, gobernador del Estado de México, es su enemigo. Aguirre se sujeta del apoyo del general Elizondo, quien obviamente le hace contar con el respaldo de su cuatro mil hombres. Aquí la novela se agiliza por una enorme tensión en la que el lector, por más que conozca la parte real de la historia, no puede soslayar la necesidad de saber qué va a pasar. La trama continúa así: Aguirre, que como Cristo departía con sus discípulos en la última cena antes de ser traicionado, es aprehendido por órdenes justamente de Elizondo. Son llevados a un cuartel y Aguirre sabe que su destino es la muerte; la indignación no impide su lucidez. Sabe, porque conoce a fondo los excesos de que serán víctimas. Pero antes llega a sus manos el periódico en el que se difunde que su "rebelión" ha sido controlada. Los testimonios del Caudillo y Jiménez (todo sea por la nación) le incendian la

sangre. Cuando Aguirre y sus doce compañeros son conducidos a la carretera sólo piensan en morir dignamente:

Convencidos de que se les iba a matar, la vida les importaba menos que el propósito de no dar espectáculo de flaqueza. Algunos escogían ya la frase que pronunciaría su boca al herirlos las balas: "¡Viva México!" [...] y eso invitaba a decir —con su luz próxima a desvanecerse— el maravilloso crepúsculo que los envolvía [p. 643].

Trágicamente todos son fusilados, pero Axkaná inverosímilmente se salva. ¿Qué hace que este personaje no muera?, ¿cuál es la intención de Guzmán para dejarle vivo?, ¿por qué lo rescata un diplomático yanqui? Dar respuesta a estas preguntas requiere un alto para acercarse a los personajes principales de esta novela que a mi juicio son: Aguirre, el Caudillo y Axkaná.

Aguirre me parece el personaje más trabajado por Guzmán en cuanto a contrastes. Es un personaje muy humano. Un tipo desde el punto de vista de Lukács, porque se mueve en la categoría de conocimiento de lo particular, es la síntesis de lo general (categoría de lo abstracto, las leyes) y lo individual (categoría del fenómeno, de lo inmediato y concreto). Me explico: Aguirre representa a una clase social, la del político mexicano, pero no se queda en esa abstracción que interesaría a la ciencia, por ejemplo, a la sociología; sino que presenta una serie de características, vicios y virtudes, que lo acercan a un hombre concreto. Por ejemplo, le gusta seducir a las mujeres, se presta a la corrupción, cínicamente se declara un sinvergüenza, pero también tiene momentos de ingenuidad y es capaz de la más pura amistad, todo lo cual lo acerca al plano concreto sin dejar de ser un personaje de ficción. Cuando Aguirre se entera del secuestro de Axkaná deja fluir la sensibilidad que lo emparenta con su amigo:

La pieza, con los balcones totalmente abiertos, estaba inundada de luz [...] Se oía a lo lejos, por la Reforma, el claxon de los automóviles que pasaban [...] el sordo estrépito

de los tranvías. Ruido y luz, disueltos de pronto en una sensación única, fueron un momento para Aguirre, presencia imponente del espíritu de su amigo; por vez primera se asomó él también a ese sentido que Axkaná buscaba siempre en la fisonomía de cada hora [p. 585].

El Caudillo no aparece a lo largo de la novela sino dos o tres veces, no obstante siempre está presente; así como si nada el lector se entera de su dureza, de su espíritu maquiavélico, de su afán controlador, de sus ojos de tigre. La presencia del Caudillo más que real es atmosférica, todo gira a su alrededor. Acierto magistral de Guzmán que logra casi una abstracción cuya sombra todo lo cubre, nadie se libra. El Caudillo puede ser cualquier dictador, su circunstancia es lo de menos.

Axkaná es la antítesis de Aguirre. Es un personaje profundamente reflexivo y moral. Su sensibilidad estética hace que Guzmán recurra a una enorme plasticidad, incluso cinematográfica, para mostrar al lector lo que los ojos de Axkaná son capaces de ver:

El coche se deslizaba raudo entre las filas de los árboles de la Reforma y parecía atraer sobre sí al dorado ángel de la Independencia. Éste, orlando de sol, brillante y enorme contra el manto de una nube remota, volaba arriba gracias a la fuga del automóvil abajo [p. 515].

Además, el amigo de Aguirre tiene otra sensibilidad que le deja percibir el ánimo de la gente. Conoce el juego del Caudillo, la demagogia de los dirigentes y le conmueve hondamente la masa acarreada, a las convenciones políticas, incapaz de comprender la maniobra que se desarrolla allí.

Axkaná González, diputado, es un soñador que observa cómo los ideales revolucionarios se alejan más de la realidad política y por tanto de la social. No tiene vicios, por lo menos Guzmán no se detiene en ellos.

Regresando a la pregunta de ¿por qué Guzmán deja vivo a Axkaná? Con la imposibilidad de asegurar una respuesta, yo creo que Guzmán le deja vi-

vo porque éste es la encarnación de los valores espirituales. Guzmán veía como el gran mal de la sociedad mexicana la ausencia de valores espirituales, conflicto más grave incluso que los problemas económicos; la educación es una necesidad de primer orden. En una sociedad en la que se premia el robo, el abuso, los vicios en general, y, en cambio, se castiga a la virtud, qué hace el espíritu noble, reflexivo y sensible de Axkaná. Yo creo que Guzmán lo salva para que ese espíritu no se pierda, y si ligo esto a la otra pregunta, creo que el diplomático estadounidense lo salva porque el autor considera que México debe contagiarse del espíritu progresista y moral de los Estados Unidos. En este desenlace, a mi juicio, la perspectiva histórica le falla a Guzmán, pues a fines del siglo XX queda clara la amenaza que significan Estados Unidos y su "destino manifiesto" (justificación ideológica de la expansión económica de EE.UU.). Y no es que el autor esté obligado a solucionar el conflicto social o político que plantea en el espacio ficticio que es toda obra literaria, lo que sucede en el caso de la novela de Guzmán es que él sí arriesga una solución, pues si apunta que Axkaná es rescatado por el diplomático estadounidense, lo cual bien pudo ser resultado de la contingencia, cuando el autor lo explicita yo interpreto que los valores encarnados en Axkaná son puestos en las manos de un gobierno, que si bien se había distinguido por el progreso y la eficiencia, ya Martí y Rodó, a fines del siglo XIX, lo advertían como un peligro para América Latina. La novela de Guzmán no puede considerarse como histórica, pues le falta el tiempo, la distancia que permita poner los hechos en su justo lugar; en cambio, sí es una novela política que refleja un hecho histórico muy reciente a la creación de la novela. Guzmán no pudo resistir la tentación de aventurar una posible solución al conflicto, y esto es, desde mi punto de vista, lo que determina que *La sombra del Caudillo* se convierta en una auténtica tragedia.